

hacia ellos en solicitud de sus licencias. Viendo pues que los ahora habientes de tal empleo, por todo indicio manifiesto desean verse libres de él; y que no hay hombre de valer —ninguno, esto es, que no fuere pródigo de sus horas—, que probablemente vaya a sucederles, como no le tentare el salario de un corrector de imprenta, fácilmente podremos augurar qué clase de licenciadores nos han de caber en suerte más adelante: o ignorantes, imperiosos y remisos, o bajamente mercenarios. Esto quise hacer ver, y cómo en vista de ello esa Orden no puede alcanzar aquel fin de su propósito.

Tócame ya seguir, del bien que no puede hacer, al daño patente que causa, como primer desánimo y afrenta destinada a los estudiosos y los doctos.

Queja y lamentación fué de prelados en el aliento postrero de cada moción atenta a eliminar las pluralidades, y a distribuir más equitativamente las rentas de la iglesia, que con ello todo saber se vería desalentado y alicaído para siempre jamás. Pero, con referencia a esta opinión, nunca hallé causa de suponer que la décima parte de la ciencia alentara o cayera

con el clero, ni en tiempo alguno tuve palabras tales sino por dicho sórdido y desmerecedor de cualquier eclesiástico perdidoso de su buen abastecimiento. Si pues os sintiéreis renuentes a descorazonar y disgustar de todas veras, no a la banda venal de falsos alegadores del saber, sino a la especie libre y sincera de quienes obviamente nacieron para el estudio, y aman el saber por sí mismo, no por lucro ni más fin que el servicio de Dios y la verdad, y acaso la fama duradera y perennidad de alabanza que han permitido Dios y los buenos que fuera recompensa de quienes con su labor publicada aceleran el bien de la humanidad, sabed entonces que a tal extremo desconfiar del seso y honradez de quien no tuvo sino adocenada nombradía en las letras y con todo jamás delinquiró, que ya no se le tuviera por capaz de dar su opinión a las prensas sin un tutor y examinador, por miedo a que de él se deslizara un cisma, o algún tanto de corrupción, es el mayor displacer y oprobio que a un espíritu libre y doctrinado depararse pueda.

¿De qué ventaja goza el hombre sobre la condición de un niño de la escuela, si sólo

escapamos de la férula para caer bajo el puntero de un *imprimatur*; y serios, elaborados escritos, como si no pasaran de temas de un mozalbete en clase de gramática al acecho de su pedagogo, no han de cobrar voz sino ante la mirada superficial de un licenciador acomodadizo e improvisado? Quien, sin crédito de confianza para sus propias acciones —con no conocerseles rumbo malo—, expuesto queda al acaso de la ley y las penas, no contará con grande argumento para estimarse reputado en la república en que nació sino como necio o extranjero. Cuando un hombre escribe para el mundo, convoca toda su razón y deliberación en su asistencia; investiga, medita, se mete en mil trabajos, y probablemente de ello departe y sobre ello consulta a sus amigos avisados, después de lo cual se tiene por conocedor en lo que escribe, tanto como cualquiera que sobre lo escrito decretara. Si en este su más consumado acto de buena fe y buena sazón ni sus años, ni su industria, ni la anterior demostración de sus capacidades pueden granjearle título de madurez —salvo si acarrea todo su trabajo sopesado, sus desveladas de

media noche y gasto de aceite del Paladio, al vistazo de un licenciador agobiado, tal vez de edad mucho más verde, tal vez harto inferior en el juicio o ignorante de las fatigas de ajustar un libro, y ha de aparecer sin remedio (si se zafare de repulsa o desaire), como chiquillo con su custodio, puesta la mano censora al dorso de su portada como fianza y garantía de no tratarse de un idiota o de un inverecundo, no habrá en todo ello sino deshonra y detracción para el autor, para el libro, para el privilegio y dignidad del Saber.

¿Y qué acaecerá si el autor fuere de tan copiosa inventiva que se le ocurrieran hartas cosas bien merecedoras de ser añadidas, tras la licencia, al libro ya en las prensas, lo que no raramente sucede a los más principales y diligentes escritores, y acaso doce veces en un libro solo? No se atreve el impresor a exceder aquel texto autorizado; de suerte que, a menudo, deberá el autor caminar penosamente hacia su daga-permisos para que sus tales nuevas inserciones sean examinadas; y más de un correteo será menester antes de que aquel licenciador, porque precisa que sea el



mismo varón, pueda ser hallado, o hallado en ocio. Y en tanto deberá la prensa holgar, lo que no es daño de poca monta, o perder el autor sus pensamientos más acabados, y despachar el libro harto peor de como finalmente lo dejara, lo cual, para un escritor diligente, es la mayor melancolía y vejación imaginable.

¿Y cómo podrá uno enseñar con autoridad, lo que es vital en la enseñanza; cómo podrá ser, como debiera, doctor en su libro, pues de otra suerte más le valiera guardar silencio, si en todo lo que enseña, en todo lo que pronuncia se halla bajo la tuición y correctivo de su licenciador patriarcal, quien mancha con su tinta o altera lo que no concordare exactamente con el humor testarudo que por juicio tiene? Siendo así que todo lector agudo, a la primera ojeada a una licencia pedante, podrá en pos de esas mismas palabras echar el libro de una manotada a la distancia a que lanzara un tejo. Detesto a un alumno maestro, y no soporto a un instructor que se me allega con la tutoría de un puño omnividente. Nada sé del licenciador, sino que aquí está su mano al cuido de su arrogancia; ¿quién sabrá ga-

rantizarme su juicio? El Estado, señor, responde el librero; pero la contestación es fulmínea: El Estado será mi gobernante, no mi crítico; podrá él equivocarse en el nombramiento del licenciador, como éste errar en lo que al autor concierne; eso por sabido se calla, y cabría añadir, tomándolo de Sir Francis Bacon, que esos libros licenciados no son sino el habla de los tiempos. Porque supuesto que un licenciador fuera más juicioso de lo acostumbrado, lo que supondría gran peligro para la próxima seguida, con todo su mismo oficio y lo que tiene encomendado le obligan a no dar entrada sino a lo ya vulgarmente recibido.

Y lo que es más lamentable: si la obra de algún autor difunto, aunque nunca muy nombrado en vida, y aun luego, llegara a aquellas manos en solicitud de licencia para ser impresa o reimpressa, como ella encerrara una frase de arriesgado filo, pronunciada en lo más culminante del celo y acaso al dictado de un divino espíritu, pero no bien encajada al deprimido humor senil de los tales, éstos, aun si hubiere sido el mismo Knox, reformador de un reino, quien la hubiere dicho, no le perdo-

narán su arrojo; y quede el pensamiento de hombre tamaño para toda la posteridad perdido, por apocamiento o temeridad engreída de un sumario licenciador. Y pudiera yo citar aquí a cual autor se hizo recientemente violencia tal, y en qué libro, cuya fiel publicación era por cierto de eminente importancia: pero de ello he de abstenerme hasta ocasión más oportuna.

Si de estas cosas, empero, no sintieren el agravio seria y convenientemente quienes tienen en su mano el remedio, y siguieran esos férreos moldes con autoridad para raer los más selectos períodos de los libros más exquisitos, y cometer ese fraude alevoso contra los huérfanos despojos de los hombres beneméritos en pos de su muerte, más desdichada será la raza de hombres sin ventura, cuyo infortunio es tener entendimiento. Que nadie cuide en lo venidero de aprender, ni le importen más artes que las mundanas; porque, ciertamente, revelarse en las cosas más cimeras ignorante y flojo, ser vulgar y bien asegurado tonto de capirote, merecerá la única vida sabrosa, y la única apreciada.

Y así como es esto particular desestima de toda persona cultivada, y capital injuria a escritas obras y monumentos de los muertos, así me parece menosprecio e insulto para toda la Nación. No sabría yo considerar de tan poca entidad toda la inventiva, el arte, el ingenio, el grave y sólido juicio existentes en Inglaterra, que bastasen a albergarlos veinte capacidades por notables que fueran, y mucho menos que no se diera a aquellos vía franca a menos que fuera cribada y cernida por sus triadores, a fin de que no se cursara sin su huella manual. Verdad y entendimiento no son mercancías monopolizables y que admitan tráfico por cédulas, estatutos y patrones oficiales. Desechemos la idea de convertir en un artículo tipo todo el conocimiento del país, para marcarlo y licenciarlo como nuestro paño fino y pacas de lana. ¿Qué ha de ser sino sujeción como la impuesta por los filisteos, y no poder afilar nuestras hachas y rejas de arado, sino llegar de todo paraje a repararlas a veinte fraguas licenciadoras? Pongamos que alguien hubiere escrito y divulgado cosas erróneas y para el honrado vivir escandalosas, abu-



sando de la estima en que hubiera andado su razón entre los hombres y perdiéndose el derecho a ese crédito; pues bien, en el caso de que al término del proceso la única censura que se le adjudicara fuera que desde entonces no había de escribir cosa que no examinara previamente un funcionario a tal efecto designado, el cual no le dejara de su mano para acreditar cuando al fin pudiese ser leído sin peligro, no supiera ello ser estimado por menos que infamante castigo. Por donde llanamente podrá entenderse qué oprobio sea incluir a toda la nación, y a los que jamás del mentado modo ofendieron, bajo tan desconfiado y receloso entredicho. Tanto más cuando los deudores y delincuentes podrán ir por el extranjero sin custodia, pero libros inofensivos no conseguirán salir a esparcirse sin un visible carcelero en su portada.

Ni para las comunes gentes habrá de significar ello menos que un reproche; pues si en tal sospecha les tenemos que no nos atrevamos a confiarle un folleto inglés, ¿hacemos más que censurarles como pueblo atolondrado, vicioso y sin fundamento, en tan débil y

doliente estado y de fe y discreción que nada sean capaces de tragar sino por el caño de los licenciadores? No sabremos pretender que todo sea por su cuidado y amor, cuando en esos parajes papistas en que se tiene a los laicos más aborrecidos y despreciados, a igual severidad se les somete. No acertamos a llamarlo prudencia, porque no se atranca sino una brecha de la disolución, y ni siquiera esto: mientras aquellas corrupciones que se intenta prevenir se precipitan más raudas a otras puertas, que es imposible cerrar.

Y, en conclusión, redunda eso en desprestigio, además, de nuestros ministros, de cuyas labores hubiéramos esperado mejor fruto, así como de la proficiencia con que aventajan a su grey, si en pos de toda la luz del evangelio que es y será y toda su continua predicación, han de sufrir todavía el contacto de una chusma laica, horra de principios y edificaciones, hasta el punto de que la vaharada de cada nuevo folleto les haga zozobrar en su catecismo y andanza cristiana. No sin harta razón desalentará esa medida a los ministros, pues tan bajo concepto merecen todas sus exhorta-

ciones y el provecho de sus auditorios, ya que a éstos no se tiene por idóneos para soltados a tres hojas de papel sin un licenciador, y ya que todos los sermones, y todas las instrucciones predicadas, impresas y en tal profusión venteadas, y tantos volúmenes, que casi quitaron de la venta todos los demás libros, no sean armadura bastante contra un solo *Enchiridion*, sin el castillo de Sant'Angelo de un *Impri-matur*.

Y para que alguien no os persuadiere, Lore y Comunes, de que estos argumentos sobre el desmayo de doctos varones ante vuestra Orden serán puros floreos y no verdades, contaré lo que ví y escuché en otros países, en que esta especie de inquisición tiraniza, al sentarme entre sus varones más doctos, pues este honor alcancé, y contado fuí por dichoso como nacido en sede de libertad filosófica, que en concepto de tal tenían a Inglaterra, mientras a ellos no tocaba sino lamentarse de la condición servil a que el saber entre ellos se redujera; y esto era lo que había amortecido la gloria de los ingenios de Italia, de suerte que no se había escrito en copia de estos últi-

mos años más que adulación y retumbancia. Allí encontré y visité al famoso Galileo, envejecido en la cárcel de la Inquisición, por pensar en astronomía de otra suerte que como licenciadores franciscanos y dominicos pensaban.

Y con saber yo que Inglaterra gemía entonces que se desgañitaba, puesta al yugo prelacial, tomé, sin embargo, como prenda de futura bienandanza que tan persuadidas de su libertad se hallaran otras naciones. Y eso que estaba más allá de toda esperanza mía que en nuestros aires alentaran estos Beneméritos que habían de llevarla a tamaña liberación, que jamás habrá de ser ella olvidada, hasta el fin del mundo, en revolución alguna del tiempo. Mas luego, empezada tamaña obra, ya no temí volver a oír acá las quejas palabras de otras naciones contra la Inquisición, mas si en labios ahora de los conspicuos de este país, en este régimen de Parlamento y contra un sistema de licencias: y eso tan generalmente que, cuando hube confiado a un compañero el disgusto que en los tales cundiera, podría decir, aunque sin emulación, que el cuestor por su probidad gra-



tísimo a los sicilianos no fué por ellos más importunado contra Verres, de lo que la opinión favorable en que me hallo entre muchos que os rinden honor, y a quienes conoceis y respetais, me cargara de instancias y persuasiones para que sin desfallecimiento recogiera yo cuanto la justa razón me inspirara a fin de alejar del saber ese azote no merecido. Y así no explayo, pues, mi particular antojo, sino el común agravio de quienes prepararon sus mentes y estudios por encima de la común pendiente, para que en unos recrezca la verdad y en otros se asegure; y de ello bastará a convencer lo ya mentado.

Y, voz de ellos, no me hará esconder amigo ni enemigo lo que generalmente se platica, esto es, que si a inquirir y licenciar se volviere, y fuéramos de tal naturaleza timorata y tan recelosos de todas las gentes, que llegáramos a temer cada libro y el venteamiento de cada hoja antes de conocer su contenido, y si esos tales que en días muy acercados viéronse poco menos que hechos callantíos en sus púlpitos vinieren a hacernos callantíos en nuestras lecturas, salvo en las de su gusto, no cupiera adi-

vinar qué se habían propuesto algunos, como no fuera una segunda tiranía sobre el saber; y presto se revelara indiscutible que obispos y presbíteros se reducían a una misma cosa, en el nombre y la esencia. No es para nosotros incomprensible que los males de la prelación que antes desde veinticinco sedes, o acaso veintiséis, eran distributivamente cargados al pueblo entero, se posen ahora totalmente sobre el saber; mas sí lo parece que el pastor de una chica, zafia parroquia sea de pronto exaltado a arzobispo de una vasta diócesis de libros, y con todo no se aleje de su otra cura, antes no la suelte, místico monopolizador. Quien no hace mucho recriminara la exclusiva ordenación de cada tierno bachiller de Artes y se rehusara a conceder la jurisdicción exclusiva sobre el más humilde de los fieles, ahora, desde casita, en su privada sede, asumirá ambos poderes sobre libros dignísimos y de suma excelencia y los competentísimos autores que los escribieran.

No son esos nuestros convenios ni tiene eso que ver con nuestras protestas; no es eso echar abajo la prelación; eso no es sino conservar un episcopado aunque en astillas, y sólo transferir

el metropolitano palatino de una a otra especie de imperio; eso no pasa del viejo ardid canónico de la conmutación de las penas. Quien tan al punto se estremece ante un mero folleto sin licencia, andará a no tardar con susto de cada conciliábulo, no sin que, presto, conciliábulo se le antoje cada reunión de cristianos. Pero seguro estoy de que un Estado regido por normas de justicia y fortaleza, o una iglesia fundada y erigida sobre la roca de la fe y genuino saber, no habrán de incurrir en tal pusilanimidad. Duda causará y desánimo en cuantos doctos y religiosos varones hay, que mientras se vaya a asentar una constitución religiosa, venga a ser restringida la libertad de escribir por una disciplina imitada de los prelados, y por ésto aprendida de la Inquisición.

Nadie dejará de discernir la sutileza de este móvil político y quienes sean sus arbitrades: mientras los obispos eran acosados hasta su caída, todas las prensas debían trabajar expeditas: tal era el mayorazgo y privilegio del pueblo en época de Parlamento, tal el nuevo amanecer. Pero abrogados ya los obispos y obrado hueco en la Iglesia, como si nuestra

Reforma sólo buscara abrir paso hacia aquellos sitios para otras gentes, al amparo de un nombre distinto, las artes episcopales volvieron a echar pimpollos, la redoma de la verdad no hubo de verter más aceite, la libertad de la prensa hubo de ser otra vez sojuzgada por la comisión prelacial de los veinte, se vió anulado el privilegio del pueblo, y, lo que es peor, la libertad del saber vino a gemir todavía en sus antiguas cadenas: y todo ello mientras aun estaba el Parlamento en funciones. Y eso aunque sus propios argumentos y defensas contra los prelados debieran recordarles que esa violencia entorpecedora acaba siempre dando con un evento del todo opuesto al fin a que se encaminara: en vez de suprimir sectas y cismas, lo que hace es realzarlos y revestirlos de nombradía. “El castigo de ingenios destaca su autoridad”, dijo el vizconde de Saint Albans; “y tiénese a un escrito prohibido por cierta centella de verdad que se precipita al semblante de quienes hicieron por hollarla”. Esta Orden de ahora, pues, podría resultar madre nutricia de sectas; mas ya descubrió fácilmente como habrá de ser bastarda institutriz de la Verdad,



y ello, ante todo, incapacitándonos para el mantenimiento de lo ya conocido.

Bien sabe el avezado a la reflexión que nuestra fe y conocimiento medran por el ejercicio, al igual que nuestras extremidades y complexión. En la Escritura es comparada la Verdad a un manantial de aguas corrientes: si sus aguas no fluyen en perpetuo avance, enferman en charca cenagosa de conformismo y tradición. Podrá un hombre ser herético en la verdad; que si el tal creyere cosas únicamente porque su pastor se las dice, o la asamblea así lo determina, sin conocer otra razón, la misma verdad que mantiene, cierta y todo su creencia, se convierte en su herejía.

No hay pesadumbre que algunos más gustosamente depositen en otros que la carga y cuidado de su religión. Hay, ¿quién lo ignora?, protestantes y profesores que viven y mueren en tan consumada implícita fe como cualquier laico papista de Loreto. El hombre rico, dado a su placer y a sus provechos, halla en la religión un tráfago tan embrollado y de tan fútiles cuentas, que no acierta a manejarse para almacenar un surtido valedero en aquel co-

mercio ¿Qué irá a hacer?: de buen grado cobrara reputación de religioso, de buen grado se acordaría en ello con sus vecinos. Sin más, entonces, se decidirá a eliminar aquellas fatigas y a encontrar algún agente a cuya solitud y crédito pueda confiar el entero gobierno de sus negocios religiosos, algún teólogo de nota y reputación que no ha de faltar. A él se entrega; y libra el almacén completo de su religión, con todos sus cerrojos y llaves a su custodia; y hace en efecto de la mera persona de ese hombre su religión propia, y su compañía estima como prueba y recomendación bastante de la piedad que a él le mueve. Y así hay quien puede decir que su religión ya no está en sí mismo, antes se convirtió en un divisible movedizo, que anda por ahí y se le acerca al compás de las visitas del buen hombre a la casa. El la invita, la obsequia con regalos, la banquetea, la aloja; su religión vuelve a casa de noche, ora, liberalmente se le da de cenar, se la acuesta en suntuoso lecho, levántase, recibe saludos, y después de la malvasía, o algún otro brevaje sazonado con especias, y tras mejor desayuno que el de aquél

alegremente dispuesto a sustentarse en sus manías con verdes higos entre Betania y Jerusalén, su religión sale a caminar a las ocho, y deja al huésped benévolo en la tienda, todo el día metido en sus afanes, sin religión.

Y otra casta de gentes existirá que, al oír que serán gobernadas todas las cosas, y nada quedará sin regular y establecer, y no correrá escrito que no haya pasado por la aduana de ciertos publicanos a quienes incumbe la medición y pesaje de toda franca verdad, se pondrán derechamente en vuestras manos; venga en religión el corte y hechura que se quiera; no faltarán solaces y esparcimientos y lindos juegos en que matar el día de sol a sol, y mecer el año hastioso como en sueño placentero. ¿A qué objeto dar tortura a las cabezas con lo que otros ya asumieron tan estricta e inalterablemente como de su propio suministro? Tales son los resultados que ocio tan lerdo y suspensión de nuestro conocimiento acarrearán a las gentes. ¡Cuán buena y deseable fuera esta dócil unanimidad, en qué conformidad tan bella nos atiesara a todos! Sólida y resistente ar-

mazón, como para que cualquier enero la congelara entera.

No han de ser mucho mejores las consecuencias aun entre el mismo clero. No es cosa nueva y nunca oída que un ministro parroquial, que tiene su recompensa y cobró sus columnas de Hércules en un abrigado beneficio, se incline fácilmente, como no haya otro acicate de sus estudios, a acabar su celo itinerante en un libro inglés de *Concordancia* y un in-folio de lugares comunes, espigues y ahorros de una apacible graduación, una *Harmonía* y una *Cadena*; hollando el perenne ruedo de ciertos usados temas doctrinales, asistido por los usos, motivos, marcas y medios de que sirviéndose como por medio de un alfabeto o práctica de solfeo, formando y transformando, uniendo y disociando de vario modo, con su poco de arte libresco y dos horas de meditación, siéntese ya indeciblemente provisto para llevar a cabo un tanto más que la obligación de la prédica semanal: y ello sin contar con las infinitas ayudas de interlinearios, breviarios, sinopsis y otros artilugios de haraganes. Y en cuanto a la muchedumbre de



sermones diligentemente impresos y apilados sobre cada texto muy llano, de esos que ofrecen en Londres a Santo Tomás en su sacristía y añaden a su provecho a San Martín y a San Hugo, no tienen los mercaderes de ellos en sus reverenciados recintos aprontada mercancía de todo tipo de venta más frecuente: de suerte que aquél jamás habrá de temer la penuria en su abastecimiento para el púlpito, existiendo lugar en que renovara con tal abundamiento su depósito. Pero si su retaguardia y flancos no estuvieren guardados por la empalizada, si su puerta trasera no quedara guarnecida por el rígido licenciador, antes de vez en cuando un libro audaz pareciera, al asalto de algún material del compilado en sus trincheras, tocaríale mantenerse en vela, permanecer en guardia, poner buenos custodios y centinelas alrededor de las opiniones por él sustentadas, y dar la vuelta y la contravuelta con sus compañeros celadores, por temor a ver seducido a alguno de su grey: con lo que él mismo viniera a ser mejor instruído, mejor ejercitado y disciplinado. Y Dios concedió que el temor que impele a esa diligencia—sí en tal caso obli-

gada—, no nos haga afectar el emperezamiento de una Iglesia licenciadora.

Porque si seguros andamos de estar en lo cierto, y no sustentamos verdad culpablemente, lo que sería incongruencia; si no condenamos nosotros mismos nuestra flaca y frívola enseñanza, ni al pueblo por chusma vagabunda, ignara e irreligiosa, ¿habrá cosa más justa que cuando un hombre juicioso, buen sabedor y cuya conciencia, a lo que sepamos, tan buena sea como la de aquellos que nos enseñaran lo que conocemos, publique al mundo, no privadamente de casa en casa, lo que es más riesgoso, sino por escrito, cuál sea su opinión, cuáles sus razones, y por tanto lo tenido a la sazón como no seguro? Urgió Cristo, como en justificación de sí propio, que predicaba en público; pero el escrito es más público que la prédica, y más abierto a la refutación, si fuere menester, habida cuenta del número de quienes por negocio y profesión habrán de ser campeones de la Verdad, la cual, si de ellos quedare descuidada, ¿a quién acusará sino a su flojera o a su ineptitud?

Hasta ese punto nos estorba y enmohece tal sistema de licencias, en lo tocante al verdadero conocimiento de lo que parecemos saber. Porque en cuanto a lo que daña y embaraza a los mismos licenciadores en su vocación ministerial, más que ningún otro empleo secular si con su oficio debidamente cumplieren, de suerte que les será fuerza desatender una u otra obligación, no insistiré, por esa privadez del asunto; pero lo dejaré a su conciencia, y a lo que en ella decidan.

Habrà que contar, en pos de lo que me propuse descoger, la increíble pérdida y perjuicio que este plan turíbulo en mano vendrá a acarrearlos. Más que si algún corsario en el mar cerrara todos nuestros puertos, fondeaderos y caletas, impide él y dilata la importación de nuestra más rica mercancía, la Verdad; es más, fué primero establecido y llevado a la práctica por malicia y misterio anticristianos, con firme propósito de extinguir, si fuese posible, la luz de la Reforma, y asentar la falsedad, sin gran diferencia del programa según el cual mantiene el turco su Corán, con su prohibición de la imprenta. No contradicho, sino

alegremente confesado esto, deber nuestro es elevar nuestros votos y acciones de gracias al cielo por la gran medida de verdad de que gozamos, especialmente en esos puntos principales entre nosotros y el Papa con sus adjuntos los prelados; mas quien pensare que aquí deberemos hincar nuestra tienda, y que hemos conseguido la mayor posibilidad de reforma que acierte a descubrirnos el espejo efímero que contemplamos, hasta que amaneciére la visión beatífica, declarará por tal opinión hallarse de Verdad escaso.

Vino ciertamente la Verdad al mundo con su Divino Maestro, y fué traza perfecta, gloriosísima a la mirada: pero cuando Él hubo remontado el cielo, y cerraron tras Él los ojos sus apóstoles, surgió al punto una perversa raza de embaidores, que, al estilo de lo que dice la leyenda que hicieran el egipcio Tifón y sus conspiradores con el buen Osiris, asieron la virgen Verdad, tajaron su forma delicada en pedazos mil, y la esparcieron a los cuatro vientos. Desde aquel tiempo para acá, los pesarosos amigos de la Verdad bastante osados para mostrarse, imitando la cuidadosa búsqueda por